

De hachas vs. bisturíes en la investigación social

Cómo se hizo “La vida cotidiana en las nuevas familias”

On Axes vs. Scalpels in Social Research

The Path to “Daily Life in the New Families”

Catalina WAINERMAN

Escuela de Educación, Universidad de San Andrés
Buenos Aires, Argentina
cwainerm@udesa.edu.ar

Recibido: 1.11.08

Recibido con modificaciones: 13.1.09

Aprobado definitivamente: 3.6.09

RESUMEN

El título obedece a una frase que acuñé para mis alumnos: “en Ciencias Sociales trabajamos con hachas, no con bisturíes”. Aludo a que la realidad social no es susceptible de los cortes precisos del bisturí sino de los bastos del hacha. No se debe a incapacidad de desarrollar técnicas y metodologías de precisión sino a la naturaleza específica de las/os actores sociales. A diferencia de las rocas, nos modificamos con cada medición; nos preocupa más dar una buena imagen de nosotros mismos que ser tan veraces como esperan nuestros entrevistadores; nuestras opiniones y actitudes son porosas a la presión social. Medir “con dos decimales” (bisturíes) crea una ilusión de precisión que no soporta la realidad social, la validez de cuyo conocimiento surge de que mediciones varias (con hachas), provenientes de variados tipos de datos, técnicas y perspectivas temporales, marchen en la misma dirección.

En este artículo muestro cómo investigo desde el presupuesto expuesto. Lo hago a partir de una investigación resultado de casi una década de estudiar las interacciones entre las transformaciones por género (feminización) del mercado laboral y las transformaciones de la familia en la Argentina desde el inicio de los 80. Mi pregunta es: ¿hasta qué punto la expansión de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo fue acompañada por una equivalente de los varones en el hogar, en el cuidado de la casa y de los hijos? Para abordarla triangulé datos estadísticos con datos de entrevistas con miembros de 200 familias actuales de uno y de dos proveedores, de sectores medios y bajos, con datos de la generación anterior informados por miembros de las 200 familias actuales (“cronistas”) sobre sus hogares de origen, y por miembros de 42 familias formadas en la generación anterior (“protagonistas”), además de 35 familias equivalentes entrevistadas siete años antes.

PALABRAS CLAVE: Investigación social-validez de la medición-triangulación-división del trabajo por género-mercado de trabajo-hogar.

ABSTRACT

I usually tell my students: rather than working with scalpels in the Social Sciences we work with axes because social reality is not amenable to the fine cuts of the former but to the coarse ones of the latter. This is not due to our inability to develop precision techniques and methods but to the specific nature of social actors. We are not rocks, we modify ourselves with each measurement act. We are more concerned with giving a good impression of ourselves than with being as trustful as our interviewers expect us to

be. Our opinions and attitudes are sensitive to social pressure. Measuring with "two decimals" (with scalpels) measures creates an illusion of precision that social reality does not stand. The validity of social knowledge emerges when several measurements (with axes), from different types of data sources, techniques and time perspectives, move in the same direction.

I here show how I do research from the above mentioned point of view. To that end I use a piece of research resulting from almost a decade of studying the interactions between gender transformation of the labour market and family transformations in Argentina since the beginning of the 80's. My question is: to what extent the expansion of female participation in the labor force come along with an equivalent expansion of males in the household and children care at home? Searching for an answer I triangulated statistical data with interview data from 200 of contemporary, one- and two-breadwinner families, from middle and low socio-economic sectors, with data from the former generation provided by members of contemporary families ("chroniclers") regarding their parents' families, and from members of 42 families ("protagonists") from the former generation, in addition to 35 similar families interviewed seven years earlier.

KEYWORDS: Social research, measurement validity, triangulation, labor division by gender, labor market, home.

SUMARIO

Introducción. Historia de la investigación. El diseño de la investigación: preparando el escenario para la triangulación. Respondiendo a la pregunta inicial. El abordaje transversal. Hogares actuales. Hogares de la generación anterior. El abordaje longitudinal. Triangulación de fuentes y de abordajes temporales: las voces de los "protagonistas" y "cronistas". Referencias bibliográficas.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los años de enseñar a hacer investigación desde cursos de metodología y de talleres de tesis he acuñado una serie de frases que siempre encuentro ocasión de repetir. Una es “la realidad es ciega, sorda y muda, a menos que uno la interroge”. La uso para contrariar la idea de que se puede ir a la realidad sin preguntas, a la espera de que la realidad “hable” y nos dicte los objetivos de investigación que habremos de formularle. Otra frase es “en Ciencias Sociales cortamos con hachas, no con bisturíes”. Con ella aludo a que la realidad social no soporta la precisión de los cortes finos del bisturí sino los cortes bastos del hacha. Y acto seguido agregó, antes de ser malinterpretada, que tal cosa no se debe a nuestra incapacidad –relativa a la de nuestros colegas de las (mal llamadas) ciencias duras– de desarrollar técnicas y metodologías de precisión debido a que padecemos de alguna malformación congénita, sino a las características específicas de las y los actores sociales. A diferencia de las rocas, objeto de estudio de los geólogos, las y los actores sociales somos porosos a la presión social, nos modificamos en cada acto de interacción, entre otros, en cada “medición” sea cuando respondemos a una entrevista, a un cuestionario, o a ser observados en situaciones experimentales o naturales. Además, estamos más interesados en dar una imagen favorable de nosotros mismos que en dar una respuesta fidedigna a las preguntas de quien nos entrevista, es decir, la “deseabilidad social” prevalece por sobre el respeto a la veracidad de la información que se nos demanda. Así, las rocas pueden ser medidas en dos, tres o más ocasiones con el mismo instrumento o con otros equivalentes sin que la medida cambie de manera sustancial. En cambio, el sólo hecho de que una entrevista o pregunta de un cuestionario nos llame la atención sobre un tema de juicio u opinión nos induce a la reflexión y, consecuentemente, provoca alguna variación (de mayor o menor envergadura) en la respuesta ante una repregunta.

De lo dicho se sigue que la aspiración a un conocimiento válido de lo social es satisfecha en mayor grado cuando mediciones varias (pro-

venientes de variados tipos de unidades, de datos, técnicas y perspectivas temporales) producen información en la misma dirección que cuando a partir de una medición única producimos resultados “con dos decimales” creando la ilusión de precisión. Aceptar que las cosas son así requiere no sólo humildad sino además creatividad, paciencia y un buen conocimiento de cómo funciona la realidad social.

En este artículo pretendo dar evidencias de cómo hago investigación desde el presupuesto que expuse. Lo hago a partir de una investigación acerca de la equidad de género en la división del trabajo en los hogares. Mi pregunta es: ¿hasta qué punto la expansión de la participación de las mujeres en el ámbito laboral que viene ocurriendo en la Argentina desde los 80 ha sido acompañada por una equivalente de los varones en el ámbito doméstico, en el cuidado de la casa y de los hijos? En términos de Hochschild (1989) se trata de preguntar ¿en qué medida la revolución ocurrida en el mundo público ha quedado estancada en el mundo privado por la persistencia de comportamientos segregados en la organización cotidiana del hogar?¹

La pregunta surgió en momentos en que se rompió la tradicional segregación genérica que organizaba el mundo público y el privado, cuando se creía que las mujeres y los varones eran diferentes por naturaleza y, en consecuencia, correspondía que desempeñaran roles sociales bien diferenciados. En esos momentos, las mujeres de distintos sectores sociales, sobre todo las casadas y unidas de edades medias, no sólo aumentaron su concurrencia al mercado de trabajo sino también su propensión a recorrer trayectorias laborales de mayor duración y con menos interrupciones asociadas con circunstancias familiares como el nacimiento de los hijos, la crianza de bebés o de niños pequeños, como ocurre con los varones. Entre éstos, a su vez, la creciente desocupación afectó especialmente a los jefes de hogar. Esto llevó, entonces, a que un número creciente de varones dejara de ser el proveedor único del hogar y haya perdido con ello el derecho a fijar unilateralmente el destino del presupuesto y de hacer prevalecer su autoridad sobre la familia con el consiguiente trastor-

¹ Hochschild (1989).

camiento de las identidades de género y las prácticas cotidianas que prevalecieron hasta los 50. El momento era propicio para preguntarse por el grado de equidad o inequidad en la división del trabajo en las parejas no sólo puertas afuera sino también puertas adentro.

Para hacerlo diseñé un programa de investigaciones que incluía tres estudios. En el primero indagué en qué medida se expandió el modelo del hogar familiar de dos proveedores en detrimento del modelo tradicional de un proveedor único, el varón, con una cónyuge mujer ama de casa a tiempo completo². Esta pregunta se dirige a la **unidad (colectiva) hogar**, desplazándose de la **unidad individual** sobre la que venía estudiando hasta el momento el monto y características de la participación económica de las mujeres (y varones) en el nivel macro. Se trata de un estudio de **comportamientos**.

Esta primera cuestión me sirvió de marco para el segundo estudio, objeto del presente artículo, que pregunta ¿hasta qué punto la expansión de la participación de las mujeres en el mercado laboral fue acompañada por una equivalente de los varones en el ámbito doméstico? Otras vez, un estudio de **comportamientos**.

En el tercer estudio busqué conocer cómo experimentan y justifican las mujeres sus comportamientos y los de sus cónyuges; cuál es su ideario respecto de la familia, de la maternidad y de la paternidad; qué lugar le asignan al trabajo y cuál a la familia ellas y cuál ellos; en qué medida concuerdan o discrepan sus representaciones y valores de las que promueven los medios de comunicación masiva y una profusa literatura acerca de la “nueva mujer”, del “nuevo varón” y la “nueva familia” que precinizan el amor entre los cónyuges como el principal sustento de la vida familiar cuyo objetivo

último es constituirse en ámbito para el libre desarrollo de las individualidades. Esta vez un estudio de **representaciones y valores**.

Aquí me voy a referir exclusivamente a cómo construí y desarrollé el segundo de los estudios. Para ello comenzaré por exponer su historia y la del programa de investigación del que forma parte, luego abundaré en su diseño metodológico y concluiré mostrando en un limitado conjunto de datos cómo los trabajé desde el presupuesto de que nos manejamos con hachas y no con bisturios.

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

La investigación a la que me refiero aquí tiene detrás treinta años ininterrumpidos de indagación transitados insistentemente alrededor de una misma problemática: la de la participación de las mujeres en el mundo del trabajo productivo y reproductivo desde la perspectiva teórica de género. Su origen se remonta a los 70, cuando se despierta la conciencia de la condición inequitativa de las mujeres en la sociedad auspiciada por el feminismo académico y apoyada por el discurso de los organismos internacionales que, en especial en el caso de las Naciones Unidas, motorizaron encuentros, conferencias y recomendaciones. Este caldo ideacional se conjugó con mi especial sensibilidad hacia el papel que juegan las ideas más allá del que juegan las fuerzas estructurales como motores de la vida en sociedad.³

De esta época surgió mi conocimiento de las radicales diferencias entre el monto e inserción en la estructura ocupacional de las mujeres *vis à vis* los varones; de las diferencias entre ambos en cuanto a los factores que contribuyen a su

² El modelo del “proveedor único” responde a una división claramente segregada entre un esposo/padre que aporta al sustento económico y de una esposa/madre que aporta al mantenimiento del hogar y al cuidado de los hijos. Se trata de un ideal valorado durante décadas por la cultura pero sólo realizable por los sectores de mayor capacidad económica. En este modelo, materializado o ideal, la capacidad de proveer económicamente al hogar se asocia estrechamente con la masculinidad. Los recursos aportados por el esposo constituyen la base sobre la que se asienta una dinámica familiar patriarcal que ve en el hombre a una autoridad inapelable, tanto para los hijos como para la esposa. Este modelo prevaleció en nuestro país hasta hace no más de un par de décadas, y aún continúa vigente (al menos en la mitología) entre algunos sectores de la sociedad cada vez más arrinconados por las necesidades económicas y las nuevas apetencias promovidas por los cambios de valores.

³ Fruto de estos años de investigación es una larga lista de publicaciones. Entre las principales me permito citar: Wainerman y Recchini de Lattes (1977); Recchini de Lattes y Wainerman (1978); Wainerman (1979, 1980); Wainerman y Recchini de Lattes (1981); Wainerman (1986); Wainerman y Moreno (1987); Wainerman (1990, 1992); Wainerman y Giusti (1994); Wainerman (1981, 1983); Wainerman y Heredia (1999).

oferta de mano de obra al mercado laboral (en especial el nivel de educación y las circunstancias familiares –presencia o no de un compañero y de hijos en el hogar– entre las mujeres pero no entre los varones); la conciencia de que dichos factores no se agotan en los puramente económicos y demográficos, y que los de naturaleza cultural e ideacional (propugnados por la iglesia, el derecho laboral y de familia, la escuela y los medios de comunicación) juegan un papel muy determinante; que estos mismos factores son los principales responsables del subregistro de las mujeres *vis à vis* los varones en las estadísticas laborales que producen los censos, etc.

La constatación de que para las mujeres, a diferencia de los varones, “salir a trabajar” es una decisión estrecha e íntimamente ligada a la vida familiar me condujo del estudio del trabajo productivo al estudio de la familia, su conformación y dinámica internas. En ese camino constaté que la institución familiar venía transitando cambios sociales de una magnitud comparable a los que se venían operando en la conformación del mercado de trabajo desde los 80. Se trata del producto de cambios sociodemográficos y de valores que han dado lugar, sobre todo en los sectores medios, al crecimiento de las rupturas conyugales y de los hogares “ensamblados” o “reconstituídos” (producto de nuevas uniones de segunda y de tercera mano) en los que conviven los hijos de anteriores uniones de ella y/o de él más los de ambos, al de uniones consensuales no consagradas por el matrimonio legal, al aumento de los hijos extramatrimoniales, de los hogares monoparentales encabezados por mujeres y también por varones, al de hogares completos en los que son las mujeres y no los varones las jefas y principales proveedoras económicas, en medio de la extensión de la esperanza de vida y de los niveles de educación formal de las mujeres, de la postergación de la edad para entrar en uniones conyugales, de la disminución del tamaño de la familia, ocurridos en el marco de una valoración del individuo por sobre la comunidad, de la realiza-

ción personal por sobre las obligaciones sociales y comunitarias, de la flexibilización de las relaciones familiares y laborales, etc.

De los estudios que llevé a cabo sobre estas transformaciones concluí que la vida en familia en la Argentina, como en muchas otras sociedades, se ha transformado radicalmente pero está lejos de extinguirse. El modo de familia nuclear completa formada por una pareja conyugal e hijos solteros sigue siendo el más frecuente de los modos de vida en familia.⁴ Pero al mismo tiempo han surgido modos alternativos que atraen a muchos, y que probablemente no disten tanto del modelo tradicional de lo que distaba el que surgió con posterioridad a la Revolución Industrial, cuando se quebró la unidad de residencia de la vida familiar y la vida laboral y se produjo una verdadera revolución en la división entre trabajo reproductivo (dentro del hogar y a cargo de las mujeres) y productivo (fuera del hogar y a cargo de los varones). Pero con alguna diferencia. Probablemente los modelos alternativos del pasado tuvieron origen en imposiciones de nuevas realidades sociales y económicas mientras que las actuales parecen haber surgido, además, de una creciente libertad para decidir cómo se desea vivir, del entronizamiento de la individualidad, de la realización personal, en un contexto de creciente igualdad entre mujeres y varones, menor adhesión a y disponibilidad de redes de apoyo basadas en el parentesco y la comunidad, aceptación de la sexualidad fuera del matrimonio, también para las mujeres, de la transitoriedad de las uniones conyugales y de conciencia de la persistencia de la inequidad de género en diversas esferas de la vida en sociedad, incluyendo la que transcurre dentro de las paredes del hogar.

De estas preocupaciones a la preocupación por la interacción entre las transformaciones según género en el mundo del trabajo y en el mundo familiar hay un solo paso. Este es el que di interesada en indagar cómo interactúan la creciente feminización del mercado de trabajo en la Argentina desde los 80 y la creciente masculinización de la desocupación con la dinámica

⁴ También esta etapa de mi historia de investigación dio lugar a una serie de estudios y de publicaciones, la más destacable de las cuales es *Vivir en familia* (Wainerman, 1994), obra en la que compilé investigaciones de varios colegas de la Sociología, Población, Historia, Derecho y Psicología.

de la división del trabajo entre mujeres y varones en el ámbito familiar.⁵ Lo hice desde la perspectiva de tratar a ambas esferas –laboral y familiar– de modo conjunto, en sus relaciones recíprocas, no en términos de la determinación de la una sobre la otra. Esta articulación tiene lugar en el marco de una cierta autonomía relativa porque si bien cada esfera se rige por sus propias leyes de transformación y de evolución, hay una lógica que les es común: la de la división del trabajo, más específicamente la división del trabajo entre ambos sexos. Esta funciona al mismo tiempo en ambas instancias: trabajo y familia. “Por eso [dice Barrère-Maurisson⁶, 1999, pág. 35] es que no basta con estudiar los efectos de la vida laboral por ejemplo, sobre la vida familiar, o a la inversa, pero sí hay que analizar[las] desde un primer momento como pertenecientes a una misma lógica que atribuye, dentro de estas estructuras, su lugar específico tanto al hombre como a la mujer”.

Al adentrarme en este nuevo camino, me moví de la **unidad individual** –desde la que miraba al comportamiento laboral de las mujeres y los varones por separado– a la **unidad diádica** formada por la pareja conyugal privilegiando el comportamiento relacional dentro de cada hogar por sobre el individual.

Como hago siempre que me acerco a investigar una temática nueva, en 1996 comencé por llevar a cabo un estudio piloto para familiarizarme con las estrategias de división del trabajo doméstico y con los modos de captarlas y medirlas. Como no tenía fondos para investigación, recurrí a ofrecer un seminario de investigación en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires de modo de intercambiar entrenamiento por “mano de obra”. Así, con la participación de estudiantes de un seminario en Sociología de la Familia, entrevistamos 35 parejas conyugales de entre 35 y 45 años de edad, de sectores medios profesionales, que integraban hogares nucleares completos con hijos pequeños y ambos cónyuges ocupados en el mercado laboral. Indagué cómo

organizaban la división del trabajo doméstico en sus hogares y, para intentar avizorar cambios históricos, les pedí que recordaran cómo era esa división del trabajo entre sus progenitores en sus hogares de origen, cuando eran niños. Seleccioné hogares de sectores medios con altos niveles de educación por dos razones, una conceptual y la otra metodológica. La conceptual obedece al presupuesto de que los sectores más educados lideran los cambios culturales alrededor de cuestiones como la equidad de género, al menos en el discurso y, por lo tanto, serían testigos más “densos” en información acerca de la división del trabajo por género en el hogar que los sectores bajos, con baja educación formal. La metodológica obedece a mi preferencia por controlar la heterogeneidad cuando me acerco al estudio de una problemática que me es nueva de manera de no ser “arrasada” por la diversidad en beneficio de la posibilidad de mirar con más detalle o más profundidad el fenómeno que me interesa. Por esta misma razón, además, sólo elegí hogares de dos proveedores, y no de uno y dos proveedores. Me dije que si en estos hogares la división conyugal del trabajo doméstico fuera muy inequitativa, la respuesta a mi pregunta sería más contundente que si proviniera de hogares de un único proveedor varón, y de personas con muy bajo nivel de educación y valores tradicionales.

De esta pequeña (aunque no por ello menos complicada) experiencia en la que entrevisté separadamente a los dos cónyuges de cada hogar, surgieron varios hallazgos que tomé en cuenta en el diseño de mis posteriores investigaciones. En primer lugar, la segregación genérica del trabajo doméstico es mucho mayor en el cuidado de la casa (conyugalidad) que en el de los hijos (paternidad): los varones rechazan menos participar del cuidado de los hijos de lo que rechazan hacerse cargo de las tareas de la casa. Esto coincide con lo encontrado en varios otros países.⁷ En segundo lugar, detecté fuertes diferencias entre las tareas cotidianas y las ocasionales. En el ámbito de la conyugalidad la inequidad genérica es mucho

⁵ De este período son fruto, entre otras, las siguientes publicaciones: Wainerman (2000); y los siguientes dos capítulos, “Padres y maridos. Los varones en la familia”, y “La reestructuración de las fronteras de género” que incluí en la compilación a mi cargo *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (Wainerman., 2002).

⁶ Barrère-Maurisson (1999).

⁷ Ver, entre otros, Coltrane (2000); Dunn (1997); Durán (1988); Hass (1993); Hochschild (1989); Hood (1986); Morris (1990); Ramos Torre (1990); Salles y Tuirán (1997); Szinovacz (1984); Zhang y Falrey (1995).

mayor en lo cotidiano que en lo ocasional, lo que no ocurre en la paternidad. En tercer lugar, encontré que hay diferentes técnicas de medir la división del trabajo, un fenómeno particularmente difícil de captar. Tras considerar y probar las tres disponibles⁸ adopté como la más conveniente la que pregunta por la proporción que realiza cada miembro de la pareja conyugal de cada cual de una serie de tareas. El cien por ciento del tiempo corresponde a cada tarea lo que facilita calcular quién realiza qué. En cuarto lugar, esta primera exploración me sensibilizó a que, para indagar el pasado, debía seleccionar tareas más accesibles al recuerdo por su mayor frecuencia de ocurrencia o de saliencia para las personas entrevistadas, es decir, que hay tareas domésticas que, aunque muy relevantes, es poco probable que se recuerden fielmente. En quinto lugar, encontré un aumento en la participación masculina en los hogares actuales en relación a los de los progenitores. En sexto lugar, las entrevistas con los dos cónyuges por separado (y habiendo ejercido un cuidado extremo por evitar que se influyeran mutuamente),⁹ mostraron que, aunque los varones perciben la división del trabajo doméstico como menos segregada que las mujeres (mediante atribuirse a sí mismos una participación mayor de la que les atribuyen ellas a ellos), sus visiones no son tan dispares como para que no se pueda entrevistar con bastante validez (y mucho menor costo de tiempo y energía) sólo a uno de ellos.¹⁰ Elegí a las mujeres –como es habitual en los estudios sobre la dinámica familiar– porque son quienes invierten más tiempo y energía en el trabajo doméstico. Con estos antecedentes, más la familiaridad que adquirí con el estado del arte y los abordajes teóricos vigentes mediante una extensa revisión bibliográfica, me lancé a diseñar la investigación que presento aquí.

EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN: PREPARANDO EL ESCENARIO PARA LA TRIANGULACIÓN

Para poner en contexto la respuesta a la pregunta central del estudio, al mismo tiempo que dar evidencias de la pertinencia de la pregunta, indagué en el nivel macro (mediante datos de la Encuesta Permanente de Hogares recogidos entre 1980 y 2001) las variaciones en la presencia de hogares de uno y de dos proveedores. La conclusión fue que en ese período, en el Área Metropolitana de Buenos Aires, los hogares de tipo patriarcal, en los que el varón es el proveedor económico único de la pareja conyugal disminuyeron en casi un tercio (de 75% en 1980, a 69% en 1985, a 63% en 1991, a 59% en 1993, a 58% en 2001), en tanto los hogares de dos proveedores (ocupados y desocupados) casi se duplicaron entre las fechas de los extremos (de 26% a 46%). Esta tendencia fue similar en otras regiones del país.¹¹ También fue similar, aunque en magnitudes y momentos históricos algo diferentes, en hogares de diversos sectores socioeconómicos y etapas del ciclo familiar. En suma, los hogares de dos proveedores están hoy disputando a los de un proveedor su preeminencia en la sociedad.

Estos resultados dieron un retrato novedoso debido a que surgieron de una mirada sobre los **hogares** antes que sobre los **individuos**. Hasta el momento yo había indagado las tasas específicas de actividad económica de las mujeres y de los varones (de diversas edades, estado civil, nivel de educación, etc.). No es lo mismo saber que las tasas de actividad económica de las **mujeres** (del Área Metropolitana de Buenos Aires) aumentaron algo más de un cuarto, de 32% a 37% a 41% entre 1980, 1991, y 2001,¹²

⁸ Sintéticamente se trata de indagar: “¿a quién corresponde la responsabilidad principal por...?”; o bien “¿cuánto tiempo le ha dedicado o le dedica (usted, su cónyuge, sus hijos) habitualmente a...?”; o finalmente, “¿qué proporción de realiza usted?”, cf. Hood (1986).

⁹ Para lo cual recurrimos a estrategias como entrevistar a ambos en el mismo día en lugares diferentes de modo de impedir, o al menos dificultar, que intercambiaran información, opiniones, comentarios.

¹⁰ Hay que tomar en cuenta que entrevistar a la pareja conyugal encarece mucho el trabajo de campo no sólo porque se duplican las entrevistas sino, fundamentalmente, porque lograr la aceptación de dos en lugar de un único entrevistado, además de aumentar la dificultad, aumenta la probabilidad de “mortalidad” de la muestra ya que si uno no responde, se pierde “el caso”.

¹¹ En el total de los aglomerados urbanos del país el crecimiento alcanzó al 47%, con pocas variantes, en cada una de las regiones: Noroeste, 47%; Nordeste, 45%; Cuyo, 44%; Pampeana, 49%; y Patagónica, 49%.

¹² Las tasas de actividad corresponden a la población de 14 años y más de edad, y provienen de la Encuesta Permanente de Hogares producida por el Instituto de Estadística y Censos (INDEC), cf. Wainerman (2005).

mientras las de los varones se mantenían casi sin cambios alrededor del 75%, que saber que el número de hogares de dos proveedores aumentó algo más de tres cuartos en el mismo lapso. Esto último significa, entre otras cosas, que cada vez es más frecuente que las madres “salgan a trabajar” teniendo hijos pequeños, adolescentes jóvenes o tardíos, y que también lo es que los niños y jóvenes se crien en hogares donde no está la madre esperándolos con la comida caliente o la merienda sobre la mesa cuando regresan de la escuela, disponibles para supervisar sus tareas o jugar con ellos. También saber que son más los maridos cuyas esposas no son más amas de casa exclusivas, que también ellas contribuyen al presupuesto económico del hogar lo que, entre muchas otras cosas, puede alterar las relaciones de poder en la pareja conyugal.

Desde este contexto, enfrenté la pregunta del estudio que, en el caso de parejas conyugales (**unidad hogar** en lugar de **unidad individual**), equivale a preguntar si la incorporación del “doble rol” o “segundo turno” (productivo) por más mujeres está siendo acompañada por la asunción del “doble rol” o segundo turno (reproductivo) por más varones en el hogar. Esto implica conceptualizar al trabajo como teniendo dos aspectos –económico o productivo y no económico o reproductivo– desarrollándose en dos ámbitos –laboral y doméstico. También implica pensar que para que el sistema sea equitativo, los actores a su cargo –varones y mujeres– debieran realizar montos similares de uno y de otro. Por ende, en la medida en que las “tasas de actividad económica” de varones y de mujeres se van asemejando, las “tasas de actividad doméstica” de varones y mujeres debieran ir asemejándose también. Esto sería así a partir de dos supuestos: 1) que la supervivencia de la especie humana requiere de ambos tipos de trabajo –productivo y reproductivo– y 2) que la equidad entre varones y mujeres es un valor deseable. Si bien no parece tener sentido pensar que a una unidad de trabajo económico le corresponde una unidad de trabajo doméstico (concebidas las unidades y su equivalencia de alguna manera), sí se puede valorar la equidad o el monto que de uno y otro trabajo hacen ellas y ellos en el hogar en términos del tiempo diario o semanal que cada persona le dedica a cada

uno, ya que el tiempo es un bien finito, es decir, que la parte que se consume en trabajo doméstico se resta al que podría consumirse en trabajo económico, en recreación, descanso o estudio. También podría evaluarse la equidad en términos de la proporción del trabajo económico, por un lado, y la del trabajo doméstico, por el otro, que aporta cada miembro de la pareja conyugal del total que realizan en ambas esferas –laboral y familiar–.

¿Cómo medir, entonces, si a la par del aumento de las “tasas de actividad económica” femenina se produjo un aumento de las “tasas de actividad doméstica” masculina? El abordaje longitudinal, que es el más apropiado, me estaba vedado por la inexistencia de datos para el pasado sobre trabajo doméstico. La Argentina no disponía (ni dispone hoy) de estudios sistemáticos sobre el tema como sí tienen ya Estados Unidos, Francia, España, entre otros países vía encuestas de familia.

Las estadísticas sobre trabajo productivo que sí existen me permitían saber que en el Área Metropolitana de Buenos Aires: 1) la participación económica femenina como ya dije, aumentó desde 1980 a 1991 a 2001 de 32% a 37% a 41%; 2) entre los hogares nucleares con hijos, el subconjunto de los de dos proveedores (ambos cónyuges) aumentó en las mismas fechas, también como ya dije, de 26% a 37% a 46%; 3) en ese mismo subconjunto de hogares de dos proveedores, con cónyuges de entre 20 y 60 años de edad, el porcentaje de aquellos en los que ambos están ocupados una cantidad igual de tiempo (parcial a completo), creció de 58% a 65% entre 1991 y 2001; 4) que en esos mismo hogares, el porcentaje de aquellos en los que las mujeres cónyuges aportan igual proporción de ingresos que sus maridos creció de 35% a 38% entre 1980 y 2001, y en los que ellas aportan una proporción **mayor** que ellos aumentó de 5% a 13%. No tenía ninguna información equivalente sobre el trabajo doméstico de los varones (y de las mujeres).

Ante la imposibilidad de implementar un diseño **longitudinal** por falta de estadísticas laborales domésticas, se puede recurrir como sustituto a un diseño **transversal** para indagar, en un único momento, si la división del trabajo doméstico en hogares de dos proveedores es más equitativa que en los de un único proveedor

(varón). En este caso, “uno versus dos proveedores” sustituiría a “tasas de actividad femenina bajas y altas” como las que caracterizaron los 80 y los 2000. También se puede recurrir a la comparación longitudinal de la división del trabajo por género de dos o más momentos históricos correspondientes a dos o más generaciones. Esto es lo que traté de hacer recurriendo a estrategias variadas para aproximarme (sin pretensiones de suplantarlos) a un verdadero estudio longitudinal.

Utilicé dos cortes temporales separados por una generación. Para un momento, el actual, recogí datos de un muestreo intencional, no representativo, de 200 hogares nucleares completos con hijos, constituidos en los 90/2000, la mitad (100) con un único y la otra mitad (100) con dos proveedores económicos, es decir, sin y con participación femenina en el mercado laboral. Para el otro momento, situado 25 a 30 años atrás, recogí datos de dos conjuntos de hogares (constituidos en los 70/80). Uno (200 unidades) está formado por los hogares de los progenitores de las entrevistadas de los hogares actuales; el otro (42 unidades) por hogares seleccionados *ad hoc*, homogéneos en una serie de características a los de los progenitores. La información sobre el conjunto de los 200 hogares de los progenitores la obtuve de modo indirecto, apelando al recuerdo de las esposas-madres de los hogares actuales acerca de cómo gestionaban sus progenitores el cuidado de la casa y de los hijos cuando ellas eran pequeñas. Es decir, les pedí que asumieran el papel de “cronistas” de la vida doméstica de los 70 y comienzos de los 80, cuando tenían 11 a 12 años de edad. La información sobre el otro conjunto de (42) hogares de la generación anterior la obtuve, en cambio, mediante entrevistas con las mujeres cónyuges (“protagonistas”) sobre sus propios hogares cuando sus hijos eran pequeños.

Originalmente me había propuesto entrevistar a las propias madres de las entrevistadas de la generación actual de modo de poder luego analizar, hogar por hogar, si los modos de división del trabajo por género se reproducían, y de paso evaluar la validez relativa de la informa-

ción obtenida de “cronistas” y “protagonistas” de las mismas unidades. A pesar de mi tozuda insistencia, no logré el consentimiento de un número suficiente de esas madres por lo que recurrí a las 42 “clones”. La comparación entre los hogares de uno y los de dos proveedores de cada momento (los formados en los 70/80 –“de progenitores” y “clones” –y los 90/2000) me permitió acercarme a un diseño pseudo-longitudinal; la comparación entre los de uno y otro momento (70/80 y 90/2000), a un diseño longitudinal.

Tenía plena conciencia de que la validez de la información así recogida es amenazada por lo menos por dos factores: la memoria de las entrevistadas y su carácter de “cronistas” o “informantes” y no de “protagonistas” de las prácticas en cuestión. Fuente vital e ineludible de la investigación social, la memoria autobiográfica es también una aliada poco confiable que contribuye sólo de modo parcial a obtener un retrato fidedigno de la realidad.¹³ “La ‘naturaleza’ de la memoria’ no sólo está compuesta de operaciones de recuerdo sino también de olvidos. La memoria no se opone al olvido: conservación y supresión no son términos contrastantes entre sí e implican una interacción en la memoria”.¹⁴ La información sobre el pasado obtenida desde el presente es resultado de los hechos que efectivamente sucedieron como de otros hechos o información incorporados a la memoria con posterioridad, además de estar impregnada del discurso que circula en el presente sobre el pasado. Es decir, recordamos un pasado individual sobre un discurso social que se ha creado y cristalizado a lo largo del tiempo que media entre aquella realidad pasada y la actualidad y que circula en, y es legitimada por, los medios de comunicación y variados ámbitos profesionales. Estas hibridaciones que constituyen los recuerdos son inevitables. Lo que sí es evitable es creer que la información que nos dan generosamente los entrevistados y entrevistadas es una fotografía fiel de la realidad que vivieron: es, más bien, una fotografía obtenida a través de la lente del discurso dominante acerca de cómo se cree o se dice que era el pasado.

¹³ Cf. Sudman; Bradburn y Schwartz (1996).

¹⁴ Todorov (2000).

Lo dicho para las “cronistas” también vale para las “protagonistas”. También sus recuerdos están impregnados del discurso que circula hoy sobre lo que fue el pasado, además de por sus propias percepciones alimentadas por la comparación entre lo que recuerdan fueron sus hogares y lo que ven en los de sus hijos hoy. A pesar de todo, podría conjeturarse que el papel de “protagonistas” les permite una visión más fidedigna de sus realidades que las de las “cronistas”.

En suma, para este estudio utilicé datos secundarios (estadísticas) longitudinales y datos primarios transversales de dos momentos históricos que, puestos en relación, me permitieron un análisis longitudinal. En ambos casos trabajé con la unidad individuo y con la unidad pareja conyugal. También trabajé en el nivel macro y en el nivel micro. Para los datos secundarios utilicé los recogidos por varias ondas de la Encuesta Permanente de Hogares entre 1980 y 2001 en el Área Metropolitana de Buenos Aires. En todos los casos se trataba de hogares nucleares completos, con hijos pequeños, es decir, en la etapa de formación y expansión de la familia. Para los datos primarios, conjeturando posibles diferencias de pautas de equidad en la división del trabajo doméstico en diversos grupos sociales, incluí hogares de sectores socioeconómicos bajos, con educación primaria incompleta, y completa y de sectores medios altos, con educación superior incompleta y completa. Es decir, trabajé con cuatro grupos de 50 hogares cada cual, uno de un proveedor y nivel socioeconómico bajo, otro de igual nivel pero de dos proveedores, un tercero de un proveedor y de nivel medio alto, y un cuarto de igual nivel pero de dos proveedores. A ellos se agrega el grupo de 42 hogares ya mencionado.

Los datos primarios los obtuve mediante el diseño de encuesta, usando como instrumento una guía de entrevista que, entre muchas otras secciones, incluía una planilla para indagar la división del trabajo doméstico. En ella preguntaba quiénes (la entrevistada, su esposo, sus hijos u otros y qué otros) realizaban “todo”, “la mayor parte”, “la mitad”, “parte” o “nada” de cada una de 34 actividades (16 del cuidado de la casa y 18 de los hijos). Para atenuar las amenazas a la validez de la memoria, y poner límite a la libre inventiva, en la generación anterior

indagué menos actividades (21 en lugar de 34), 9 relativas a la casa y 12 a los hijos.

No fue mi intención obtener un mapa completo y detallado de las actividades reproductivas sino indagar si la división del trabajo en el hogar variaba con la asunción del doble rol por parte de las mujeres. Seleccioné tareas asignadas tradicionalmente a la mujer, al varón, más otras no marcadas por el género. Además de las más “obvias” del cuidado de la casa y de los hijos, incorporé indicadores más sutiles o menos obvios como “¿quién le recuerda a los niños que se cepillen los dientes?”, “¿quién organiza la limpieza del hogar?”, “¿quién conoce los nombres de los amigos de los hijos?”. Incluí actividades cotidianas y ocasionales (“cocinar”, “asistir a reuniones de escolares”), que demandan más o menos conocimientos técnicos (“reparaciones eléctricas o de plomería”), y manejo de mayor o menor cuota de poder (“pagar cuentas”, “reprender a los hijos”). Indagué, además, por los días no laborables, en los que de todos modos se cocina, se lavan platos y se cambian pañales.

RESPONDIENDO A LA PREGUNTA INICIAL

EL ABORDAJE TRANSVERSAL

Comencé por hacer una descripción exhaustiva de **todos los miembros del hogar** que participaban en la realización de las actividades domésticas en cada hogar estudiado (cónyuges, hijos y otros remunerados –servicio doméstico, transporte escolar, plomero, etc.–; y no remunerados –padres, abuelos, tíos, vecinos, etc.–). Luego me concentré **sólo en los dos cónyuges** y en la parte de cada una de las actividades realizadas por ambos. A continuación examiné el porcentaje de los **hogares** en los que los varones participan “nada”, “menos de un tercio” o “un tercio y más” de todas las tareas (casa e hijos). Seguidamente, con vistas al análisis (comparación entre grupos transversal y longitudinalmente), elaboré un índice resumen que denominé “promedio de participación en la reproducción” y que mide la combinación entre el número de tareas y la porción de cada cual de ellas que (según las mujeres entrevistadas) realizan los **varones** (es decir, pasé de la unidad hogar a la

unidad individuo). De la díada conyugal privilegié a los varones dado que en la totalidad de los hogares las mujeres no tienen opción: las **ejecuten** ellas mismas o asuman la **responsabilidad** por hacer que las ejecuten otros, ellas son las *prima donna* de la escena. Los varones, en cambio, siguen teniendo, como han tenido históricamente, la “opción” de participar o no y, en caso de hacerlo, en diversos grados. En suma su comportamiento es un indicador más “denso” (y parsimonioso) del grado de equidad en la división del trabajo conyugal que otras medidas como la participación de las mujeres o como la brecha de género.

Finalmente, con el propósito de dar una respuesta más contundente y certera, para el cálculo del “promedio de participación en la reproducción” me concentré en las tareas reproductivas cotidianas y en las tradicionalmente marcadas como femeninas, llevadas a cabo los días laborables.¹⁵ Esta es una estrategia que siempre adopto cuando mi objetivo es correlacional o explicativo (no descriptivo): seleccionar la medida o el indicador que considero más “denso” en información.¹⁶ Por la misma razón elegí la participación masculina en lugar de la femenina como indicador de equidad. El “promedio de participación en la reproducción cotidiana” tiene un rango posible de 0,00 (no hace “nada” de ninguna de las actividades) a 4,00 (hace “todo” de todas las actividades domésticas cotidianas seleccionadas).

La misma estrategia de manipulación y análisis de los datos la apliqué a los tres conjuntos de hogares provenientes de ambos momentos históricos.

HOGARES ACTUALES

En la mayoría de los 200 hogares actuales que estudié, los actores a cargo de las tareas de mantenimiento de la casa son las mujeres y sus cónyuges, con poca delegación en otros. Más precisamente, las cotidianas, que satisfacen la

supervivencia e involucran la simple ejecución—cocinar, lavar platos, tender las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar—están a cargo de ellas (entre 48% y 81% de cada tarea). Las ocasionales, de gestión, y que demandan calificación “técnica”—hacer reparaciones menores de plomería o electricidad, contratar un pintor o un albañil, mantener el automóvil, cuando existe—están más frecuentemente a cargo de ellos (entre 69% y 84%). Las que se delegan, son las cotidianas susceptibles de ser ritualizadas: en los sectores medios, en el servicio doméstico remunerado; en los sectores bajos, en los hijos mayores.

El cuidado de los hijos en muchos sentidos es diferente: son menos las tareas y menos los hogares en los que los cónyuges delegan. Son pocas las diferencias entre los sectores bajos y los medios: el cuidado de los hijos no se delega.

Como ya anticipé, tras haber identificado al elenco a cargo de los cuidados del hogar, me concentré en la pareja conyugal para indagar quién desempeña el papel protagónico en una y otra esfera. Tomando al hogar como unidad, en casi un cuarto del total de los hogares (sin distinguir nivel económico social ni número de proveedores) los varones no participan **nada** del cuidado cotidiano de la casa. En la absoluta mayoría (70%) los varones hacen menos de un tercio de todas las tareas; en una proporción casi insignificante (7%) la participación es alta. No sólo el número de hogares es insignificante, también lo es la participación: apenas representa entre un tercio y la mitad de la totalidad del trabajo cotidiano que requiere llevar adelante la casa, básicamente la alimentación y la limpieza.

Cuando se trata del cuidado de los hijos, en cambio, en menos de un décimo (8%) de los hogares los varones no hacen **nada** de ninguna de las tareas cotidianas, y más (19%) aquellos en los que tienen a su cargo entre un tercio y la mitad de todas las tareas; en la generalidad de los hogares (74%), al igual que con el cuidado de la casa, la participación masculina alcanza

¹⁵ Los días no laborables en algunos hogares se producen cambios en la división del trabajo como, por ejemplo, los varones cocinan “el asado del domingo” para toda la familia, o se hacen cargo de tareas del cuidado de los hijos que no son habituales en días laborables.

¹⁶ Son cotidianas femeninas del cuidado de la casa, o mejor dicho, “no masculinas”: cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa y planchar. Las equivalentes del cuidado de los hijos son: cambiarles los pañales, darles de comer, vestirlos y decidir qué ropa habrán de vestir.

apenas a un tercio. El compromiso de los varones con la paternidad es, entonces, claramente mayor que con la conyugalidad.

El manejo **ocasional** de la casa difiere del **cotidiano**. Son muchos los hogares en los que los varones se ocupan algo o mucho de pequeñas arreglos de plomería o electricidad, de contratar un pintor o un albañil o similar, algo más en los sectores medios que en los bajos. Estas tareas son claramente “masculinas”: combinan su carácter de ocasional con el demandar cierta “calificación técnica”, que se supone más extendida entre los varones que entre las mujeres. Las diferencias entre la vida cotidiana y la ocasional son mucho menos marcadas en la paternidad.

Al mover la mirada de la **unidad hogar** a la **individual**, corroboré que la participación promedio de los varones en las tareas cotidianas de la casa es muy escasa. En el total de los hogares actuales llega a 0,49 con variaciones según las tareas entre un mínimo de 0,12 (planchar) y 1,23 (hacer las compras). Lo bajo de la participación se hace patente si se toma en cuenta que el rango potencial va de 0,00 a 4,00. La situación es muy similar en ambos niveles socioeconómicos. También lo es cuando se trata de las tareas ocasionales, si bien, como ya dije, los varones participan mucho más en estas que en las cotidianas. En total su participación promedio alcanza a 2,77 (2,68 en hogares de nivel bajo y 2,85 en los de nivel medio)

De la paternidad, el varón promedio se ocupa mucho más que del cuidado de la casa, aunque en términos del máximo posible de 4,00, sigue siendo escasa (en total alcanza a 0,93), y varía mucho según la tarea (entre 0,48, vestir a los niños o hacer que se vistan y 1,53 reprenderlos). En esta esfera, al contrario de la casa, las diferencias entre los sectores medio y bajo son sustanciales (1,16 en comparación con 0,71). En las actividades ocasionales la participación es algo, pero no sustancialmente mayor que en las cotidianas, y en esto ambos sectores sociales se asemejan.

Estando ya en condiciones de enfrentar la pregunta que suscitó el estudio, comparé el grado de participación promedio de los varones en los hogares de uno y de dos proveedores, en uno y otro sector social. El panorama que apareció no es muy alentador: los varones no han hecho hasta el momento cambios como los esperables a la luz de los que hicieron las muje-

res. El manejo **cotidiano** de la casa es una empresa de las mujeres de modo muy generalizado (en total el promedio de participación de los varones es de 0,49), con alguna participación mayor (mínima, por cierto) cuando sus esposas salen a trabajar, algo más en los sectores medios (0,59 vs. 0,38) que en los bajos (0,54 vs. 0,44). El cuidado de los hijos, si bien es más una empresa de ambos (en total el promedio de participación masculina es de 0,93), y más en los sectores medios que en los bajos, no es más o menos asiduo cuando las madres salen a trabajar (1,13 vs. 1,20). Ambas circunstancias –la situación socioeconómica y que la provisión económica sea o no una responsabilidad compartida– interactúan: la participación en el día a día es más equitativa en los hogares de sectores medios de dos proveedores. El manejo ocasional de la casa, como ya comenté, es más una empresa de los varones, en cambio el de los hijos sigue siendo de las mujeres, aunque ellas asuman el segundo turno.

HOGARES DE LA GENERACIÓN ANTERIOR

La mirada a la generación anterior traslada el escenario de la acción a la vida familiar entre los 70 y los 80. Los actores principales eran mujeres y varones que se criaron a mediados del siglo XX, entre los 50 y los 60, momento de un cambio cultural radical. La Argentina, como la mayoría de las sociedades desarrolladas, asistió durante los 60 a una revolución profunda de valores que dio lugar a una redefinición del papel de las mujeres en la sociedad, de las relaciones entre ambos sexos, entre generaciones y de la institución familiar. Todo esto ocurrió junto al entronizamiento del individualismo y la valoración de la realización personal. El cuestionamiento de la superioridad del varón sobre la mujer (que se expresaba en el modelo conyugal patriarcal, y de los padres sobre los hijos, cambió estructuras de relaciones sociales que habían probado tener una resistencia inmemorial. El inminente (y luego creciente) ingreso de las mujeres al mercado de trabajo y la expansión de su presencia en el sistema educativo difundió una nueva conciencia sobre su papel en la sociedad y las expectativas de cuál debía ser su papel en el espacio público y en el privado. La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo

tenía una fuerte carga ideológica en los sectores medios más educados; no entre los sectores bajos, que respondían a móviles exclusivamente económicos. La modernización y secularización aceleradas explican parcialmente, además, la receptividad que tuvo la nueva mirada sobre los niños y sobre el ejercicio de la paternidad que introdujo el psicoanálisis, especialmente entre los sectores medios).

Las 200 mujeres que entrevisté en los hogares actuales eran hijas de esas mujeres y varones. Si bien recogí información acerca de sus hogares de origen, restringí el análisis a un subconjunto que seleccioné tomando en cuenta varios criterios que me permitieran comparar ambas generaciones. En primer lugar, que fueran hogares nucleares completos, es decir, que ambos progenitores estuvieran presentes en el hogar al momento que las entrevistadas actuales tenían 11 a 12 años. En segundo lugar, que pertenecieran al mismo nivel socioeconómico que los de sus hijas (que no hubiera habido movilidad social intergeneracional), y que compartieran el mismo modelo en términos del número de proveedores. Esto me significó excluir, por ejemplo, los hogares en los que las esposas-madres fueran exclusivamente amas de casa y sus hijas, hoy, tuvieran el doble rol productivo y reproductivo.

¿Qué dijeron las entrevistadas sobre sus hogares de origen? En términos generales, como hoy, sus progenitores se hacían cargo entre el 44% y el 100% de las tareas domésticas del cuidado de la casa. En el día a día las protagonistas eran las mujeres y en las tareas de ejecución ocasional, lo eran los varones. Pero había bastante delegación en terceros. Como hoy, esos terceros eran fundamentalmente el servicio doméstico en los sectores medios y los hijos mayores en los sectores bajos. Hay que notar que los hijos mayores eran entonces más dado que la fecundidad era mayor que hoy y, por otro lado, que el trabajo de las empleadas domésticas en el hogar era no sólo más frecuente sino además, abarcaba horarios más extensos que en la actualidad. Como hoy, la pareja conyugal delegaba pocas tareas de la paternidad.

Que la concentración de actividades en la pareja conyugal fuera alta, no habilita a decir nada sobre la equidad o segregación genérica en la división del trabajo hogareño. En efecto,

entonces los varones no contribuían verdaderamente nada o casi nada en las actividades cotidianas de la esfera doméstica. En 82% a 100% del total de los hogares ellos se abstendrían de cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar o hacer las compras. Eran tareas “no masculinas”, lo que no significa que fueran ejecutadas en su totalidad por las mujeres (parte estaban a cargo de los hijos, en los sectores bajos, y del servicio doméstico remunerado, en los sectores medios. Los varones sólo se ocupaban de modo exclusivo del mantenimiento del automóvil —quienes tenían uno—, una actividad ocasional, no cotidiana. También, aunque sólo en la mitad de los hogares, de las pequeñas reparaciones domésticas y del pago de las cuentas (que supone el manejo del dinero, y del poder que lo acompaña), también actividades ocasionales, no cotidianas. Sus esposas, en cambio, sólo dejaban de intervenir en el mantenimiento del automóvil. Su versatilidad se desplegaba en **todas** las actividades del día a día de la casa. Lo dicho era común, en líneas generales, a los hogares de ambos sectores sociales.

El grado de “participación promedio en la reproducción cotidiana” ofrece una visión muy contundente. Se necesita una lupa de gran aumento para capturar la modestísima participación de los varones de la generación de los 70. De entre las actividades cotidianas, aquella en la que más participaban los varones, que era hacer las compras sólo alcanzaba a 0,57, lo que representa apenas un séptimo de la tarea (en la escala de 0,0 a 4,0). Aunque extremadamente pequeño, es un valor alto en comparación con otras tareas cotidianas como planchar o lavar la ropa en las que la participación masculina era prácticamente nula. Como ya dije, el panorama se invierte cuando se trata de tareas ocasionales: el grado promedio de participación alcanza valores que van de 1,95 (pagar las cuentas) a 3,76 (mantener el auto).

A diferencia de lo que sucedía con la casa, en la paternidad-maternidad el ritmo cotidiano u ocasional tampoco presentaba mayores diferencias. Dos tercios de los varones se abstendrían de participar tanto en las tareas cotidianas (bañar a los hijos, vestirlos, cepillarles los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes) como en las ocasionales (hablar con los maestros, asistir a reuniones de padres

y llevarlos al médico). Las mujeres se ocupaban de ellas, fuera en forma exclusiva o con ayuda de otros actores. Algunas actividades no estaban claramente marcadas como masculinas o femeninas: hacer dormir a los hijos, reprenderlos, comprarles ropa o conocer los nombres de sus amigos. Si bien en alrededor de dos tercios de los hogares eran en su totalidad tareas de las madres, no eran pocos aquellos en los que las compartían por mitades entre ambos progenitores.

La inclusión de los varones en el cuidado y atención de los niños parece haber ocurrido en un momento más temprano de la historia que en la esfera de la domesticidad. Ya en la generación de los 70 prácticamente no había actividad alguna demandada por los hijos de la que no participaran los varones, mucho más en el establecimiento de normas y hábitos (como reprenderlos o hacerlos dormir) que en actividades de cuidado cotidiano (como vestirlos o bañarlos). Este ejercicio de la paternidad era más frecuente en los hogares de nivel medio que en los de nivel bajo.

El grado de participación de los padres en aquellas tareas del cuidado de los hijos que más rechazaban, como hacerse cargo de vestirlos y bañarlos (0,18 y 0,25) superaba en mucho, en términos relativos, el de planchar, lavar la ropa y limpiar la casa que eran, de entre las tareas del cuidado de la casa que indagamos, las más resistentes por los varones. Los valores en la escala muestran, además, que en la generación anterior los varones de nivel medio participaban más que los de nivel bajo en la paternidad. Estas diferencias no se presentan en la domesticidad. En efecto, aún en la actividad a la que más se resisten los padres –vestir a los niños–, el promedio de participación llegaba a 0,34 en el nivel medio, varias veces mayor que en el bajo (0,04), ni que hablar de hacerse cargo de que se cepillaran los dientes (0,54 vs. 0,38) o de hacerlos dormir (1,15 vs. 0,72) o de conocer los nombres de los amigos (1,20 vs. 0,59).

¿En qué medida las pautas descritas variaban cuando las mujeres “salían a trabajar”? Sólo en el ámbito del mantenimiento cotidiano de la casa se registraba alguna mayor participación de los varones, en especial en los sectores medios (0,27 vs. 0,09), nada, en cambio, en el ejercicio de la paternidad.

EL ABORDAJE LONGITUDINAL

Con el arsenal de información desplegada (que es sólo parte de la que disponía), puedo mostrar cómo enfrenté la respuesta al interrogante acerca de en qué medida en los 25 a 30 años que median entre ambas generaciones ha habido reproducción o cambio en el grado de segregación en la división de las tareas domésticas entre ambos cónyuges. O, para decirlo en otros términos, si los varones son hoy más “sensibles” a la equidad en el esfuerzo por llevar adelante la reproducción del hogar cuando sus esposas aportan al presupuesto familiar con su trabajo productivo que cuando no lo hacen. Podría añadirse, si las mujeres que participan del esfuerzo productivo son más conscientes de la segregación doméstica y están en mejores condiciones de negociarla con sus esposos. Y, finalmente, si los diversos sectores sociales tienen pautas semejantes o no.

Antes de examinar mis hallazgos conviene recordar que forcé la homogeneidad intergeneracional a lo largo del nivel económico social y del número de proveedores de los hogares actuales y los de origen al momento cuando las hijas (de los hogares de hoy) tenían 11 a 12 años. Esto me habría de permitir indagar en qué medida las mujeres tendieron a reproducir los modelos de división del trabajo según género que aprendieron en el hogar en que se criaron y, por otro lado, cuánto se reprodujeron las diferencias entre los hogares de uno y de dos proveedores.

El primer propósito –indagar el grado de reproducción de los modelos aprendidos en los hogares de origen, hogar por hogar, no lo pude cumplir porque el número de hogares que “perdí” al tratar de lograr un estricto apareamiento fue muy grande. El segundo propósito –conocer el grado de reproducción social desde una mirada histórica– en cambio, pude cumplirlo por lo que la comparación entre generaciones involucra agregados de hogares (del mismo nivel económico social y número de proveedores) y no hogares individuales de dos generaciones que comparten el linaje por vía materna. Los hogares de origen que finalmente seleccioné suman 118, de los cuales 66 eran de sectores bajos (38 de uno y 28 de dos proveedores) y 52 de sectores medios (25 y 27 de uno y de dos proveedores respectivamente).

Los datos me revelaron que la generación actual reproduce las pautas de la anterior y, al mismo tiempo, que se ha producido un cambio apreciable. ¿En qué sentido reproducción y en qué otro sentido cambio?

Comenzaré por la reproducción. Tanto antes como ahora el trabajo reproductivo en los hogares está segregado por género, y tanto entonces como ahora, mucho más en la conyugalidad que en la paternidad. También en la generación anterior como en la actual, los varones de los niveles medios se involucran más en la paternidad que los de los niveles bajos, y también entonces como ahora no hay mayor diferencia entre sectores sociales en relación a (la baja) participación en el cuidado de la casa. La salida de las mujeres a trabajar, como ahora, se asocia con una mayor participación de los varones (si bien muy escasa) en el cuidado de la casa, pero no de los hijos. En suma, tanto en la generación anterior como en la actual, las pautas y valores que predominan y predominaban en diversos sectores sociales y en hogares de uno o dos proveedores se refuerzan: los hogares en los que los varones participaban y participan más en la conyugalidad y en la paternidad son los de los sectores medios de dos proveedores; ellos parecen ser los más sensibles a la equidad en la pareja quizás por ser más receptivos a las demandas de sus esposas, sujetas al “doble rol” y más proclives a comprometerse en la crianza de los hijos.

Pero, además de reproducción de las pautas generales, hubo cambio en la organización del mantenimiento **cotidiano** del hogar. En las dos y media a tres décadas transcurridas entre ambas generaciones los varones aumentaron sustancialmente su contribución al mantenimiento de la casa, mucho más que a la de los hijos. Lo dicho no invalida que tanto en la generación pasada como en la de hoy los varones se involucran más como padres que como esposos. En esto coinciden estudios realizados en muchas otras y variadas sociedades. No coinciden, en cambio, en que los varones hayan aumentado su participación más en la conyugalidad que en la paternidad. Dado que las pautas de organización doméstica de distintos sectores sociales son diferentes, al menos como lo muestra mi estudio en la Argentina, seguramente la falta de coincidencia es un producto espurio de no haber controlado el sector social de pertenencia de los hogares de ambas generaciones.

Mi conjetura proviene de mi propia experiencia que paso a relatar.

En mi primer estudio piloto, fechado en 1996 (Wainerman 2000 y 2002), no habiendo controlado si el sector de pertenencia de los hogares de ambas generaciones era similar o si algunos hogares habían experimentado movilidad intergeneracional, encontré un mayor cambio en la paternidad que en la domesticidad. Años después, cuando del estudio que realicé en 2002/2003 concluí lo contrario, que los cambios intergeneracionales en la domesticidad fueron mayores que en la paternidad, volví sobre los datos que había recogido 6 a 7 años antes tratando de explicar las discrepancias entre ambos estudios. Para entonces ya había aprendido que las pautas de división del trabajo en el hogar difieren entre sectores sociales por lo que reanalicé los datos del primer estudio tras seleccionar subconjuntos de hogares de las dos generaciones del mismo sector social (medio). Al imponer esta estandarización, las discrepancias desaparecieron. Mis dos estudios mostraron mayor cambio entre las dos generaciones en la conyugalidad que en la paternidad.

Quiero aprovechar esta experiencia para destacar que el darme cuenta de que mis conclusiones eran espurias y el haber tenido la oportunidad de revisarlas fue posible porque había continuado trabajando sobre el mismo tema de investigación por varios años. Lamentablemente la organización de la ciencia hoy en día va contra este modelo de trabajo. Los investigadores saltan de tema en tema al compás de las demandas del mercado académico que impone modalidades de producción muy diferentes a las del siglo XIX y comienzos del XX cuando investigadores como Pavlov o Von Frisch estudiaron la misma temática a lo largo de tres o cuatro décadas (los reflejos condicionados, el primero, y la vida de las abejas, el segundo). Hoy en día, más que proyectos de investigación de larga duración se subsidia la “consultoría de lujo”, de corta duración, que consume conocimientos acumulados y con suerte, sólo permite producir algunos pocos nuevos, en general orientados a la resolución de problemas más o menos inmediatos.

Volviendo a mis datos, en el total de los hogares, el promedio de participación de los

varones en las actividades domésticas cotidianas, que en la generación anterior era mínima (0,15), aumentó a 0,49, lo que equivale a casi nueve veces más de lo que aumentó la participación en la paternidad (27%), de 0,73 a 0,93. Los hogares que experimentaron la mayor transformación intergeneracional fueron los de un solo proveedor, casi por igual los de niveles socioeconómicos bajo y medio (340% y 322% respectivamente). Aunque las diferencias porcentuales son notables y marcan que los varones de hoy son más participativos que sus progenitores, no hay que perder de vista que en la vida cotidiana su contribución sigue siendo muy pequeña. Los varones pasaron de no participar casi **nada** a participar **algo**, lo cual si bien es auspicioso, no deja de representar una proporción mínima de la carga total del trabajo doméstico que recae principalmente sobre sus esposas.

En suma, si bien la generación de las hijas de comienzos del siglo XXI reproduce la de sus madres y padres, en términos generales hubo cambios notorios. No se trata en modo alguno de una inversión de roles sino más bien de un notable aumento en la disposición de los esposos a compartir las tareas, más allá donde era menor, en el cuidado de la casa que en el de los hijos. En un contexto donde más y más mujeres asumen responsabilidades laborales extrahogareñas, el cambio es auspicioso porque remite a una disminución de la inequidad entre varones y mujeres en el manejo del hogar.

TRIANGULACIÓN DE FUENTES Y DE ABORDAJES TEMPORALES: LAS VOCES DE "PROTAGONISTAS" Y "CRONISTAS"

Sea cual sea la sofisticación del análisis estadístico que se aplique a los datos, la calidad de las conclusiones depende de la calidad de la información utilizada como punto de partida. Esta es una cuestión que me preocupa sobremanera. El uso acrítico de datos secundarios sin preguntarse por su calidad ni por la solvencia profesional de las fuentes que los produjeron. Me preocupa el uso acrítico de datos comparativos de multiplicidad de países en cuya producción se pone énfasis en asegurar la constancia de la formulación verbal de los ítems sin concien-

cia de asegurar la constancia de su significado. También me preocupa el uso de datos provenientes de grandes bases de datos multinacionales en los que se investigan valores, actitudes, percepciones mediante uno sólo o a lo sumo dos ítems como si se tratara de fenómenos comportamentales, manifiestos, unidimensionales, de fácil captación. Me preocupa, en fin, la falta de conciencia de que los datos, aún los cuantitativos, que están investidos de la majestad que les confiere la "exactitud" aparente del número, son construcciones sociales, producto de factores psicológicos, culturales, políticos, entre otros.

En el caso presente, como ya dije, podría sospecharse de la validez de los hallazgos (pseudo) longitudinales basados en información recolectada en el presente, provista por "informantes" o "cronistas" del pasado y no por "protagonistas" de la generación anterior cuyas respuestas con seguridad sufrieron los efectos distorsionadores de la memoria y los del discurso que circula hoy sobre el presente y sobre cómo difiere del pasado en el que crecieron. Estos fenómenos no pueden ser evitados por ninguna investigación sociológica de esta naturaleza. Por eso recurrí a evaluar la validez de la información mediante "controles cruzados" y, además de emplear distintas medidas y procedimientos estadísticos para los mismos datos desde lentes diversas, apelé a fuentes de información independientes como las 42 "protagonistas" (no cronistas) de la generación de los 70/80.

Realicé la evaluación de la validez sobre cinco conjuntos de hogares, todos de sectores medios de dos proveedores. La selección del sector medio obedece a que dos de las cinco fuentes de datos provienen del estudio piloto que conduje en 1996 exclusivamente sobre este sector. Por otro lado, seleccioné hogares de dos proveedores porque en ellos el tema de la equidad en la división del trabajo doméstico es más insoslayable. La comparación de los cinco grupos homogéneos me habría de permitir indagar, con menos amenazas de factores espurios, no sólo si se reprodujo intergeneracionalmente el grado de segregación por género de la división del trabajo cotidiano (doméstico y paternal) sino, además, si esa reproducción era captada de manera similar por las voces de "protagonistas" y de "cronistas".

En el cuadro 1 volqué la información de los cinco conjuntos de hogares, dos de la generación actual y tres de la generación pasada. En todos los casos los varones participan en las tareas cotidianas mucho más en tanto padres que en cuanto cónyuges. Así ocurre en la actualidad, según las “protagonistas” de hoy, integrantes de los dos conjuntos de hogares relevados en 1996 y en 2002, provenientes del mismo universo espacial, abordados desde el mismo marco conceptual y similar instrumento de recolección de datos, con sólo seis años de distancia temporal. Según las mujeres cónyuges de las 35 parejas entrevistadas en 1996, sus cónyuges participaban tres veces más en la crianza de sus hijos que en llevar adelante la casa (1,48 vs. 0,48); según las mujeres de los 51 hogares que entrevisté en 2002, sus esposos participaban casi dos veces más en el cuidado de los hijos que de la casa (1,14 vs. 0,59).

En la generación anterior, según los recuerdos de las “cronistas” los varones preferían involucrarse (casi cuatro veces) más como padres que como cónyuges (1,39 vs. 0,32 y 1,09

vs. 0,27). Igual preferencia informaron las “protagonistas”, es decir, las 42 mujeres de 65 a 75 años que consultamos en 2003 (0,77 vs. 0,08). Pero el panorama que dieron fue mucho más “pesimista” o “segregado” que el de las “cronistas”. Según ellas, sus maridos no hacían prácticamente nada en la casa.

Es imposible saber qué informantes fueron más veraces, o más bien, quiénes dieron un retrato más válido de la realidad, si quienes protagonizaron en carne propia el trabajo hogareño en su papel de cónyuges, o quienes lo observaban desde su lugar de hijas pequeñas. Los casos consultados son pocos (21 “protagonistas”, y 15 y 27 “cronistas” del pasado), lo que abre la puerta al efecto de singularidades que, aunque nunca están ausentes, tienen un peso mucho menor cuando se consultan grandes números. Lo que es digno de rescatar es que las cinco poblaciones coinciden en juzgar de modo similar las diferencias entre conyugalidad y paternidad desde el punto de vista de la división del trabajo entre esposos y esposas.

Cuadro 1
Promedio de participación* de los varones en actividades cotidianas del cuidado de la casa y de los hijos, en hogares de nivel medio de dos proveedores, según generación, “protagonistas” y “cronistas” y diversos estudios, y diferencias intergeneracionales

Hogares generación actual y anterior	Casa	Hijos
<i>Hogares generación actual (N)</i>		
Protagonista 1996 (35)	0,48	1,48
Protagonista 2002 (51)	0,59	1,14
<i>Hogares generación anterior</i>		
Cronistas 1996 (15)	0,32	1,39
Cronistas 2002 (27)	0,27	1,09
Protagonistas circa 1970 (21)	0,08	0,77
<i>Diferencias % actual-anterior</i>		
1996-1996	50%	7%
2002-2002	119%	5%
2002-circa 1970	638%	48%

*0,00 = los varones no hacen **nada** de cada actividad.

4,00 = los varones hacen **todo** de cada actividad

Las evidencias acerca del cambio intergeneracional en la división del trabajo doméstico cotidiano en el período de las dos y media a tres décadas (durante el que se incrementó notoriamente la concurrencia de las mujeres casadas y unidas al mercado de trabajo), muestran coincidencias grandes en tendencias, si bien no en magnitudes. Tanto “cronistas” como “protagonistas” concuerdan en que en ese lapso la participación de los varones en la conyugalidad creció, junto a la equidad en la pareja, mientras la participación en la paternidad se mantuvo relativamente alta, sin cambios apreciables. La diferencia es mucho mayor entre “protagonistas” y “cronistas” que entre grupos de “cronistas”. Según los primeros la contribución a la conyugalidad alcanza a sextuplicarse, en tanto según los “cronistas” sólo algo más que se duplicó. Los tres conjuntos de informantes coinciden, en cambio, en constatar el escaso aumento en la paternidad, esfera que, como ya dije, se mantuvo en términos relativos alta entre los padres antes y ahora.

La menor resistencia a involucrarse en la paternidad, tanto en la generación actual como en la anterior probablemente se deba, entre otras razones, a la penetración del discurso del psicoanálisis que se instaló en la Argentina, especialmente en Buenos Aires, en los años 50 y se expandió en los 60. Que el desarrollo emocional de los niños requiere de la identificación con una figura masculina, además de una femenina, forma parte de los saberes psicológicos más popularizados. El discurso sobre la equidad de género, sobre la injusta desigualdad de oportunidades de las mujeres, la conciencia de su derecho a tener un lugar y una participación en la

sociedad, sea en la economía, en la política o en la educación, y la necesidad de hacer conscientes a los varones de su papel en ayudar a conseguirlo a través de compartir responsabilidades hogareñas con sus esposas es más reciente. A partir de los años 80 adquirió una entidad creciente en el país y en el mundo.

Para concluir, los datos longitudinales, para los hogares de sectores medios de dos proveedores, concuerdan con los transversales y con los pseudo-longitudinales en que desde los 80 hasta hoy la participación masculina en el trabajo reproductivo aumentó, básicamente allí donde la inequidad era mayor (mantenimiento de la casa más que en el cuidado de los hijos. En este sentido mis datos me llevan a concluir que la revolución ocurrida en el mundo público no ha quedado estancada en el mundo privado, hay cambios aunque los varones están aún lejos de haber equiparado la participación en el hogar que las mujeres alcanzaron en la esfera laboral.

Desde el punto de vista metodológico, por otro lado, los datos sugieren que, si se trata de conocer tendencias o pautas generales y no mediciones de precisión, en esta temática es factible utilizar la información provista por informantes *proxy* cuando no hay acceso a los propios protagonistas. Esta conclusión es producto de la coincidencia de datos provenientes de diversas miradas transversales y longitudinales, originadas en entrevistas con “protagonistas” y con “cronistas”, examinando el comportamiento de la unidad hogar y de la unidad actor individual.

Espero haber logrado mostrar en este artículo cómo hago investigación guiada por mi convicción de que en Ciencias Sociales trabajamos con hachas y no con bisturios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARRÈRE-MAURISSON, M.A. (1999), *La división familiar del trabajo. La vida doble*, Buenos Aires, Editorial Lumen/Humanitas.
- COLTRANE, S. (2000), “Research on Household Labor: Modeling and Measuring the Social Embeddedness of Routine Family Work”, en *Journal of Family and the Family*, 62.
- DUNN, D. (1997), *Workplace/women's place*, California, Roxbury Publishing Co.
- DURÁN, M.A. (1988), *De puertas adentro*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- HAAS, L. (1993), “Nurturing fathers and working mothers. Changing gender roles in Sweden”, en Hood, J. (ed.) *Men, Work, and Family*, Newbury Park, Sage Publications.
- HOCHSCHILD, A.R. (1989), *The Second Shift*, Nueva York, Avon Books.
- HOOD, J. (1986), “The provider role: Its meaning and measurement”, en *Journal of Marriage and the Family*, 48.

- MORRIS, L. (1990), *The Workings of the Household*, Cambridge, Polity Press.
- RAMOS TORRES, R. (1990), *Cronos Divididos. Uso del Tiempo y Desigualdad entre Mujeres y Hombres en España*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- RECCHINI DE LATTES, Z. y C. WAINERMAN (1978), "Marital status and women's work in Argentina: A cohort analysis", *Genus*, XXXIV, 3-4.
- SALLES, V. y R. TUIRÁN (1997), "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en Schmukler, B. (comp.), *Familia y relaciones de género en transformación*, México, The Population Council/Edamex.
- SUDMAN, S., BRADBURN, N. y N. SCHWARTZ (1996), *Thinking About Answers: The Application of Cognitive Processes to Survey Methodology*, San Francisco, Jossey Bass.
- SZINOVACZ, M. (1984), "Changing family roles and interactions", en *Marriage and Family Review*, 7.
- TODOROV, T. (2000), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós
- WAINERMAN, C. y Z. RECCHINI DE LATTES (1977), "Empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias", *Desarrollo Económico*, 17, 66.
- WAINERMAN, C. (1979), "Educación, familia y participación económica femenina en la Argentina", *Desarrollo Económico*, 18, 72, 1979.
- WAINERMAN, C. (1980), "The participation of women in economic activity in Argentina, Bolivia and Paraguay: A comparative study", *Latin American Research Review*, 15, 2.
- WAINERMAN, C. y Z. RECCHINI DE LATTES (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México, Terra Nova.
- WAINERMAN, C. (1986), "Unreliable account of women's work: Evidence from Latin American and Caribbean censuses", *Signs*, 11, 4.
- WAINERMAN, C. y M. MORENO (1987), "Incorporando las trabajadoras agrícolas a los censos de población", *Desarrollo Económico*, 27, 107.
- WAINERMAN, C. (1990), "Making female labor force participation count in population censuses: Evidence from Paraguay", en Frank, E., I. Sirageldin, y A. Sorkin (eds.) *Research in Human Capital and Development*, vol. 6, Greenwich, Conn., JAI Press.
- WAINERMAN, C. (1992), *Improving the accounting of women workers. Lessons from Latin America*, Geneva, ILO, World Employment Programme Research, Population and Labour Policies Programme, Working Paper No. 178.
- WAINERMAN, C. y A. GIUSTI (1994), "¿Crecimiento real o aparente? La fuerza de trabajo femenina en la Argentina en la última década", *Desarrollo Económico*, 34, 135.
- WAINERMAN, C. (1981), "Female, work and fertility in Argentina: Ideational orientations and actual behavior", en *Proceedings of the International Population Conference*, Manila.
- WAINERMAN, C. (1983), "El mundo de las ideas y los valores: mujer y trabajo", en Wainerman, C., Jelin, E. y M. C. Feijoo (comps.), *Del deber ser y el hacer de las mujeres*, México, PISPAL-El Colegio de México.
- WAINERMAN, C. y HEREDIA, M. (1999), *¿Mamá amasa la masa?*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- WAINERMAN, C. (1994), *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- WAINERMAN, C. (2000), "La división del trabajo en las familias de dobles proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 43.
- WAINERMAN, C. (2002), "Padres y maridos. Los varones en la familia", en Wainerman, C. (comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-UNICEF.
- WAINERMAN, C. (2002), "La reestructuración de las fronteras de género", en Wainerman, C. (comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-UNICEF.
- WAINERMAN, C. (2005), *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?*, Buenos Aires, Editorial Lumiere.
- ZHANG, Ch. y J. FARLEY (1995), "Gender and the distribution of household work: A comparison of self-reports by female college faculty in the United States and China", en *Journal of Comparative Studies*, Vol. XXVI, No. 2.